

## Navidad estriada de sangre preciosa

*Mt 2,13-23*

La cita anual de la santa Navidad es esperada. A todos nos gusta la dulce atmósfera de colores, sonidos y sentimientos que, casi instintivamente, se extiende sobre personas y acontecimientos. Son aspectos que se deben apreciar. El riesgo que se corre es que todo eso tenga el espacio efímero de un momento, una especie de sueño evasivo antes de caer de nuevo en la «terrible cotidianidad». Con el fin de separar los grandes acontecimientos de la Navidad del gusto de la fábula, y para salvarla del tributo a pagar a un sentimiento estéril, los textos bíblicos completan la dulce ternura de algunos episodios (la sagrada Familia, la visita de los Magos...) con la cruda realidad de una vida que es compromiso, lucha, incluso capacidad para huir, cuando la huida es el arma vencedora y no signo de bellaquería. Yendo un poco a contracorriente, queremos leer y meditar algunos fragmentos que, también ellos «navideños», no conceden evasiones peligrosas, ni alimentan ruinosas ilusiones. El niño Jesús, que empieza su vida en Belén, entre el coro

festivo de ángeles, es el mismo que recorrerá el *vía crucis* y morirá en Jerusalén, en el Calvario, crucificado como un malhechor. Desde ahí, su existencia comienza de nuevo, nueva e inmortal.

Puesto que somos cristianos, seguimos al Maestro Jesús, seguros de que la «sangre» (dificultades y sufrimientos) que acompaña a la Navidad se convierte en sangre preciosa que nos orienta hacia la gloria de la vida plena y definitiva. Dejémonos instruir y guiar en este camino por tres episodios, íntimamente conectados entre sí y referidos sólo por el evangelista Mateo: la huida a Egipto, la matanza de los niños de Belén y la vuelta a Nazaret.

### El texto

66

<sup>13</sup> Tan pronto como se marcharon, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo».

<sup>14</sup> Él se levantó, tomó al niño y a su madre de noche, se fue a Egipto <sup>15</sup> y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por medio del profeta: «De Egipto llamé a mi hijo».

<sup>16</sup> Entonces Herodes, al ver que los magos se habían burlado de él, montó en cólera y mandó matar a todos los niños de Belén y de todo su territorio, de dos años para abajo, según el tiempo que había calculado por los magos.

<sup>17</sup> Y se cumplió lo que había dicho el profeta Jeremías:

<sup>18</sup> «Una voz se oyó en Ramá, llanto y lamento grande. Es

Raquel, que llora a sus hijos y no quiere ser consolada, porque ya no existen».

<sup>19</sup> Al morir Herodes, un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto <sup>20</sup> y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre y vuelve a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del niño».

<sup>21</sup> Él se levantó, tomó al niño y a su madre y se fue a la tierra de Israel.

<sup>22</sup> Pero, al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre, Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea.

<sup>23</sup> Y fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo que habían anunciado los profetas, que sería nazareno.

### Comentario breve

Damos una presentación esencial del texto bíblico, sin adentrarnos en muchas problemáticas que dejamos discutan los especialistas.

### La huida a Egipto (Mt 2,13-15)

67

Tras la visita de los Magos, de nuevo, sólo Mateo narra la fuga de la sagrada Familia a Egipto. Los tres versículos que dan vida a este episodio se unen al precedente tanto literariamente, con una manifiesta intervención redaccional —«tan pronto como se marcharon» (v. 13)—, como en cuanto al contenido, con la figura de Herodes. Este, al

constatar el fracaso de su plan, se quita la máscara de buscador benévolo de Jesús (cf Mt 2,8), para revelarse como tirano homicida, dispuesto a eliminar cualquier presunto rival. Se pone al lector en situación de comprender bien lo que antes podía intuir. Ahora se entiende mejor el sutil reclamo entre el «rey Herodes» (Mt 2,1) y la pregunta de los Magos: «¿Dónde está el que ha nacido, el rey de los judíos?» (Mt 2,2): hay un rey de más, y uno ha de sucumbir. Además este fragmento aparece bien introducido en la dinámica de todo el capítulo, pues lo que sigue será consecuencia lógica de esta huida; la cita bíblica que lo confirma deja ver una mente organizadora que hace de la Escritura una clave interpretativa de la historia.

Ya no la intervención de un fenómeno astronómico, sino la premura de un mensajero angélico provoca el abandono, por parte de la sagrada Familia, de la poco fiable Belén. Egipto se indica como lugar seguro, porque está fuera de la jurisdicción de Herodes; en otras ocasiones ya había sido refugio de perseguidos políticos o de personas que temían por su incolumidad en Palestina (por ejemplo, el profeta Jeremías). La persecución parece un destino inevitable para el justo. Lo recuerda la Biblia en varias ocasiones: Abel es asesinado por Caín (cf Gén 4,8); Agar, hostilizada por Sara (cf Gén 16,6-8); Jacob, por Labán (cf Gén 31,22-42), y el pueblo de Israel por el faraón (cf Éx 1,14). El argumento se repite numerosas

veces, tanto en la historia como en los cuentos: mientras que en estos el bien vence siempre, en la realidad, a veces, parece que el mal tiene la ventaja. Nada de miedo ni colaboración con el desánimo: Mateo reafirma el valor del bien y su triunfo, ofreciendo una página de consolación y de esperanza para todos aquellos que son perseguidos injustamente. El centro de la escena son personas humildes que sacan lo mejor del tejido de la vida, lacerado constantemente por aquel que la Escritura llama «Señor de la vida». Se ayuda al lector a comprender que, envuelto en la costra de lo provisorio, madura el germen de las realidades definitivas. La forma de permanecer fieles a lo Eterno es no traicionar el momento presente, aunque trastorne programas y deseos legítimos. Lo importante es permanecer orientados hacia el proyecto divino, quizá también enigmático.

De los personajes aquí mencionados, José ocupa la figura del cabeza de familia a quien se le comunican las indicaciones celestiales. A él, siervo fiel, por estar siempre dispuesto a realizar la voluntad divina, le corresponde poner en práctica la sugerencia angélica para proteger la vida de Jesús. Este es llamado siempre «el niño». Inmediatamente, se habla de «su madre», ciertamente por la necesidad que un ser tan pequeño tiene de su madre. Podríamos leer la información como un mensaje preciso: el ángel no habla de «María, tu mujer», sino de «su madre». De forma delicada y alusiva, sobre todo tras la lectura de Mt 1,18-25,

entrevemos una referencia continua a la concepción virginal.

La huida es la mejor estrategia ante la persecución. En este instante, no se pide ni el heroísmo ni el martirio. Llegará el momento en que se pedirá el compromiso hasta la entrega de la sangre. De momento, la fuga es la carta vencedora. La Providencia dispone que sea más oportuno escapar a un territorio seguro e indica, con precisión, Egipto. Este inmenso país se extendía, en aquel tiempo, hasta los confines de Palestina. Por tanto, no es necesaria la hipótesis de un viaje de miles de kilómetros, como determinadas tradiciones o la imaginación popular han sugerido. Ciertamente, la sagrada Familia no llegó a la orilla del Nilo y, aún menos, a la ciudad de El Cairo (fundada sólo en el siglo IX d.C.), aunque hoy, en el barrio viejo de la ciudad, los guías turísticos enseñen a los peregrinos ¡la casa donde vivió la sagrada Familia prófuga!

70

El tema de Jesús lo ilustra, casi lo justifica, la cita profética. El texto que se recuerda es el de Os 11,1: «Desde Egipto llamé a mi hijo». Jesús recorre de nuevo, aunque en sentido inverso, el camino de su pueblo. Es más importante señalar que el Padre divino cuida de su Hijo y lo protege con mucho amor. Pese a la maldad de algunos hombres, el mal no logra triunfar. Podemos captar el valor teológico: «Dios es el señor absoluto de la historia. Por encima de las decisiones de los hombres hay una voluntad y un designio que

nadie puede evitar y, menos aún, obstaculizar» (Hortensio da Spinetoli).

El sufrimiento del exilio permanece, pero el bien termina imponiéndose y vence siempre. El misterio pascual ya se ha esbozado: vence la vida, que se obtiene derramando una notable contribución de sufrimiento. Realmente, la Navidad está estriada de sangre, de sangre preciosa.

### **La matanza de los niños de Belén (Mt 2,16-18)**

El episodio es la trágica consecuencia del alejamiento de los Magos sin pasar por Herodes. Este reacciona ferozmente, ordenando la matanza de todos los niños de menos de dos años. El lector no queda sumergido en *suspense* por el pequeño Jesús, pues ya ha sido informado de la fuga de la sagrada Familia hacia territorios seguros.

Quizá ningún episodio de Mt 1-2 haya turbado y agitado tanto la imaginación popular como el presente. La matanza de inocentes sigue siendo algo abominable y execrando, aunque se tratara sólo de uno. Más aún cuando los asesinados son niños, seres indefensos e inofensivos. Representaciones y leyendas han contribuido a presentar el hecho de forma anormal. Sin embargo, el número no es tan elevado como la imaginación popular, la iconografía o un determinado tipo de predicación pietista han querido hacer creer. Admitiendo como hipótesis verosímil que la población de

Belén en la época fuera de un millar de personas, el número de niños de menos de dos años debía de estar en torno a la veintena (opinión propuesta por Lagrange).

Quedan amplias zonas de sombra en esta perícopa: no se comprende el amplio arco de dos años utilizado por Herodes para incluir a los niños que debían ser eliminados. Si el astro había aparecido dos años antes, era inútil descender tan abajo. Si había aparecido más tarde, ¿por qué subir tan alto? En todo caso, Herodes quiso estar seguro, quizá por el temor a equivocarse de nuevo, tras el fracaso con los Magos. En todo caso, el detalle se encuadra bien en la tétrica personalidad del cruel monarca.

72

Es, de nuevo, la cita profética la que desempeña el papel de gozne: «Raquel, que llora a sus hijos» (v. 18). Raquel, una de las grandes matriarcas, simboliza a la madre desconsolada al ver a sus hijos (el pueblo de Israel) partir hacia el exilio. Sin embargo, el Targum ya ensanchó su sentido, refiriéndolo a la toma de Jerusalén por parte de Nabucodonosor (cf Jer 40,1). En todo caso, se trata de una calamidad que afecta a todos o, por lo menos, a muchas personas. Igual que entonces fue una dura prueba para el pueblo, así ahora es una desgracia grave que golpea a muchas familias. La diferencia entre los dos grupos se impone sola: el pueblo va al exilio para expiar una culpa, los niños mueren inocentes. Aunque todavía inconscientes, en la teología de Mateo representan



el segundo eslabón de una cadena de testigos: después de los paganos (los Magos), son los niños de Belén quienes ofrecen su testimonio tácito a Jesús. Inconscientemente, se ponen de su parte, pagando personalmente.

Subsisten bastantes dificultades en la comprensión teológica del hecho: ¿por qué tienen que pagar inocentes? ¿Por qué implicar a los pequeños? ¿Es justo todo esto?

No es fácil responder. Nuestra lógica tiene un movimiento instintivo de rechazo. Realmente, hemos de admitir que el mal tiene sus momentos de éxito y de triunfo. Pero son momentos. Estos niños son honrados como mártires, como héroes, porque, aun en su falta de conciencia (son muy pequeños), se convierten en testigos mudos de Jesús. Inauguran la fila de mártires que estarán dispuestos a perder la vida con tal de salvar su fidelidad a Cristo y obtener, así, la verdadera vida, la eterna, hecha de comunión con Dios. Su sangre es preciosa.

La atención de Mateo se concentra en Jesús. El momento de locura ha sido doblegado y humillado por los acontecimientos de la historia. La violencia ha experimentado su propia trágica esterilidad. Aunque entre los puntos mellados del tejido de la historia aparezcan la injusticia, la codicia y la maldad de algunos, el discurso se canaliza por vías de éxito: Jesús no es alcanzado, y ni siquiera rozado, por la furia desencadenada por Herodes. Él se salva y, en el pensamiento de

Mateo, «salva» a los pequeños, asesinados por su causa, promoviéndolos al rango alabado de mártires. Una vez más, brilla el misterio pascual.

### **La vuelta a Nazaret (Mt 2,19-23)**

La perícopa final del conjunto de Mt 1-2 puede decirse caracterizada por nombres geográficos que trazan un diagrama teológico ideal. Se indican en el orden siguiente: Egipto, tierra de Israel, Galilea y Nazaret. Es una vuelta descrita con una precisión cada vez más atenta. Egipto es el punto de partida. A continuación, el movimiento se orienta hacia la tierra de Israel, término aún genérico para indicar la vuelta a la patria. No cualquier parte del territorio puede garantizar incolumidad y seguridad a la Familia. En efecto, en Judea reinaba Arquelao, el hijo de Herodes, feroz como su padre, aunque no igualmente astuto. No consiguió hacerse asignar todo el reino paterno, que se dividió en cuatro partes. A él le tocó Judea; sin embargo, no la supo conservar por mucho tiempo. Al norte estaba asegurada la posibilidad de una vida tranquila por el gobierno de Herodes Antipas, uno de los hijos de Herodes el Grande: a él le correspondieron Galilea y Perea. Por tanto, él era el segundo tetrarca (es decir, soberano de una cuarta parte), mientras que los otros dos eran, respectivamente, Felipe, a quien le correspondió Iturea y Traconidite, y Lisania,

que obtuvo Abilene. Es el evangelista Lucas (3,1), historiador atento además de teólogo excelente, quien nos proporciona esta información.

De forma aún más puntual se dice la localidad donde José piensa fijar su morada: Nazaret. Las noticias que tenemos de este centro, que debía de ser una aldea pequeña e insignificante, no se remontan más allá del Nuevo Testamento: ni el Antiguo Testamento ni el *Talmud* mencionan nunca esta localidad. Mateo la presenta como algo nuevo, sede designada por la Providencia para la instalación de la sagrada Familia. Sin embargo, Lucas la presenta como lugar original de residencia de María y José, motivando con el censo el traslado a Belén, donde nació Jesús.

Desde el punto de vista literario, el v. 19 es la continuación del episodio de la huida a Egipto, del que toma el estilo y el vocabulario: una vez más, el ángel del Señor invita a volver después del peligro evitado; una vez más, un sueño es el transmisor de los mensajes divinos; una vez más, José es el ejecutor fiel del mensaje. Él siempre está relacionado con los otros dos componentes de la Familia de forma especial, porque no es llamado ni «padre» ni «marido». Sin embargo, María, en el v. 20, exactamente igual que en el 13, es llamada «madre» en relación con Jesús, llamado «niño». La sagrada Familia es sometida a una nueva incomodidad, aunque aliviada por la idea de volver a la patria. Sin recriminaciones ni quejas, parte para obedecer a la voluntad divina. También este

es un tributo de «sangre», hecha preciosa por la docilidad del amor. María y José son maestros de esa anulación fértil de uno mismo, condición para ser soporte decisivo, sin protagonismos efervescentes. Ellos conocen y practican la «cultura de la atención» a Jesús, no a sí mismos. En efecto, el protagonista es uno sólo: Jesús, aunque todavía niño.

### **La teología del capítulo 2 del evangelio de Mateo**

76 En la presentación de los episodios individuales no se podía evitar la referencia a la teología de Mateo. Su evangelio, escrito para judeo-cristianos y no raramente en polémica con la sinagoga, pone de manifiesto desde el principio que la acogida a Jesús por parte de los suyos no ha sido en absoluto triunfal; más aún, ha encontrado una pared de hostilidad o de sorda indiferencia. No faltan loables excepciones. No olvidemos que María y José eran judíos. Pertenecen a las excepciones también los niños de Belén, llamados, aunque inconscientemente, a unirse a Jesús con su inocencia y a dar testimonio, con su sangre, de su solidaridad con él.

En general, el pueblo demuestra no darse cuenta de Jesús y, menos aún, se preocupa de él. La vida procede normalmente sin calurosos movimientos de adhesión. Sin embargo, el jefe del pueblo, el

rey Herodes, reacciona. En primer lugar, prueba el camino de la astucia sutil, pero no obtiene ningún resultado. A continuación, emprende abiertamente el camino de la violencia con la matanza de los niños de Belén. Pese a su furia, nada puede, pues Dios protege al niño y a su familia. He aquí que, desde el principio, los jefes demuestran su hostilidad hacia Jesús, como ocurrirá en todo el evangelio, hasta la fase culminante, que verá a Jesús en la cruz por voluntad expresa de las autoridades que, con sus maquinaciones, instigan al pueblo para alcanzar sus objetivos.

Rechazado por los suyos (cf Jn 1,11), Jesús es aceptado y honrado por los paganos. Egipto, tierra de paganos, se muestra neutral y ofrece refugio. Los Magos vienen expresamente desde oriente para tributar su homenaje reverencial al niño: su viaje, sus regalos y su actitud son todas expresiones de una reverencia que se atribuye a un gran monarca. Nosotros, que leemos a través del filtro de la teología de Mateo, añadimos: es una reverencia que se atribuye al Hijo de Dios. Precisamente, el evangelista, con estos episodios, quiere subrayar esta afirmación: el título «Hijo de Dios» no aparece nunca de forma evidente, pero se puede leer entre líneas en los fragmentos que ponen de manifiesto la providencia de Dios, siempre actuando. Además, lo hemos visto, de forma menos implícita, en la cita de Os 1,11: «De Egipto llamé a mi hijo».

Aquí termina el evangelio de la infancia según

Matco. El lector está provisto de una poderosa brújula teológica que le permite navegar seguro en el mar del texto. Ahora sabe algunas cosas importantes: la identidad plena de ese niño que, nacido de María, goza de doble ciudadanía, la humana y la divina. En cuanto hijo de María, está unido a la familia humana en la dinastía de David por medio de José; en cuanto concebido por obra del Espíritu Santo, sin participación de José, goza de un estatuto divino. Este niño lleva el título de rey, que le atribuyen los Magos. No pretende hacerles la competencia a los reyes terrenos, aunque personas malvadas como Herodes intenten eliminarlo. Jesús se adentra desde el principio de su existencia terrena por el camino que sube hacia el lugar del don total de su vida. El sufrimiento y la muerte no consiguen adjudicarse la victoria, porque la providencia divina guía los acontecimientos hacia la realización plena. El niño se salva. Los que humanamente parecen sucumbir, los niños de Belén, son los primeros héroes del Evangelio, descritos como mártires, es decir, verdaderos testigos de Jesús. El Evangelio está *in nuce* presente por entero: a partir del capítulo tercero, podrá desarrollarse su historia plena, poniendo de manifiesto lo que el lector atento ya ha entrevisto, guiado por la hábil mano de Mateo, historiador y teólogo. El evangelio hace subir por el viejo tronco de la historia de Israel la savia nueva, el niño Jesús, preludio de esperanzas persistentes.

### Del texto a la vida

1. ¿Estoy dispuesto a no dejarme engatusar por una mentalidad consumista y a vivir la Navidad con sus «estrías de sangre»? ¿Pienso en situaciones de sufrimiento que permanecen pese a todo: familias dañadas, personas solas, hijos lejos de casa, encarcelados, etc.?
2. La sagrada Familia, con su docilidad para convertirse en prófuga, para vivir en la incertidumbre y experimentar el miedo, no cede a la tentación del lamento, ni se halaga de ser una «familia recomendada». ¿Hasta qué punto estoy dispuesto a recibirlo todo de las «manos de Dios» sin quejarme? Recientemente, ¿he planteado pretensiones respecto a Dios o hecho comparaciones peligrosas («a ese le va todo bien...»)?
3. ¿Cuáles son los sufrimientos y problemas que llevo en el corazón y en mi familia en estos días? ¿Los puedo afrontar, ahora, con más confianza, pensando que la Navidad «se espasa» con la Pascua?
4. ¿Conozco situaciones familiares y sociales difíciles (parientes, amigos, colegas...)? ¿Me hago cargo en la oración y con interés? ¿Estoy dispuesto a ayudar, de forma discreta y respetuosa? ¿Cómo?